

Un poeta que es mito y que se auto-desmitifica; se contagia con la enfermedad de la palabra y se desprende, sin realmente hacerlo, del pasado. Un artista gráfico, visual, situado en la poesía del "objetivismo", lúcido, real,

no evasivo por más que lo amen o ataquen. Eso es lo que cuelga del extraño peso de Gonzalo Millán y de su más reciente libro, una especie de autobiografía que reúne poemas de cinco libros escritos en cuatro lustros:

"Trece lunas", editado por la mexicana editorial del Fondo de Cultura Económica y destacada por ser "una muestra esencial de una empresa poética de continuidad y coherencia como las hay muy pocas en Chile".

Gonzalo Millán: "Chile cambió y yo también"

XIMENA POO
Santiago

Pudiera haber hermetismo, pero no lo hay. Y Gonzalo Millán, con una agitada vida en el Concepción de los 60, con un viaje al exilio en 1973, con varios años en Canadá, un regreso y un traslado largo a Holanda, sabe que eso es posible. No a la abstracción, sí a lo directo. No es antipoesía y menos ficción. Hoy está de vuelta, cerrando capítulos y mirándose al espejo de sus obras aquí incorporadas como en un solo cuerpo, listo para otro despliegue: *Relación personal*, *Dragón que se muerde la cola*, *Vida* (con *Epitalmio*, *Electrodomésticos*, *Automóvil*, *Piscis*), *La ciudad*, *Virus*. Este último uno de sus títulos de más reciente circulación en el país (a mediados de los 80).

Aquí va uno de sus poemas de esta "enfermedad", llamado *La palabra*: "Amar y desamarla:/hallazgo y extravío./Armarla y desarmarla:/Aprendizaje y hastío". Inteligencia a prueba de balbuceos, pero no de reiteración. Gonzalo Millán dejó los 60, los 70, los 80 y ahora quiere ir más allá de los 90 con una limpieza de formas, tecleando hacia el centro de él mismo, no hacia afuera. Pretende hacerlo en este tiempo elegido en Chile, de trece y no doce lunas.

—¿Cuándo comienza su poesía en los 60, es el beat de Kerouac y de Ginsberg la influencia?

—Mucho. Uno empieza a asumir una serie de conductas y actitudes que van en contra de lo establecido, que eran el pelo largo, la rebeldía y una actitud que era bastante común en hartas partes: la rabia. Era la ira en Inglaterra, en Estados Unidos, los coléricos acá..., la misma cosa.

—Pero las tribus en Chile se rompieron en 1973. ¿El drama era asumir una soledad distinta o una tribu distinta?

—Yo salgo en dirección a México, pero me quedo en Costa Rica un año y ahí me voy a Canadá. En el exilio había que acomodarse a lo que resultaba y no a lo que uno deseaba. Llegué a Canadá sin haberlo imaginado y, bueno, ahí proseguí mis estudios de posgrado y después de un periodo de acomodo me ligo a amigos que estaban ahí, que los había conocido en el Pedagógico, como Naín Nómez, José Leandro Urbina, el poeta Echeverri, y ahí formamos un grupo para realizar actividades culturales de poesía y narrativa chilena y latinoamericana.

—¿En esa época surge el libro *La ciudad*?

—Sí, es una respuesta a las circunstancias políticas que se viven en Chile y en América Latina también. Es la descripción de la

existencia colectiva en una ciudad bajo una dictadura militar y responde a las circunstancias del Cono Sur en los 70, a la ciudad aislada del resto del mundo, peligrosa, que teme el contagio.

—Y en *Vida* (escrita en Chile y finalizada en Canadá) aparece potenciada la distancia, la imparcialidad del hablante, ese "objetivismo", ¿el propósito es la palabra como soporte?

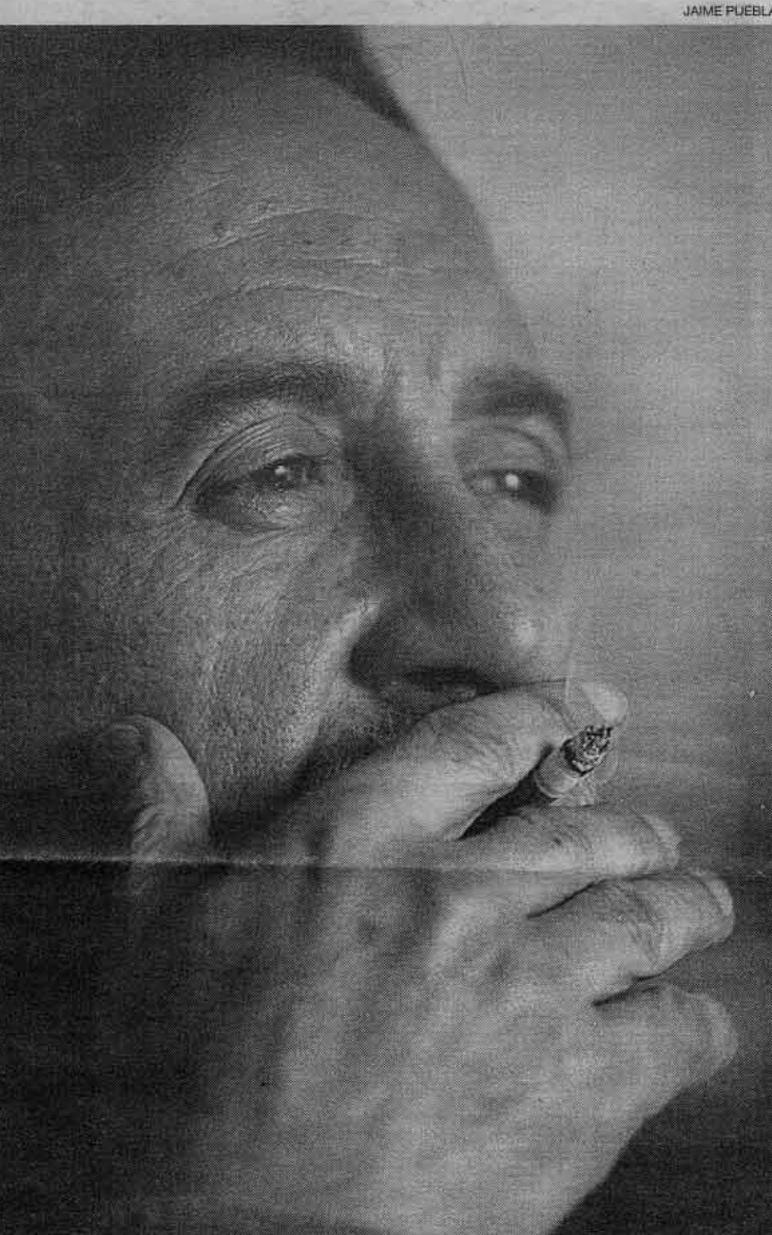
—Aparece una cosa más impersonal como perspectiva y como tema con estos objetos (refrigerador, automóvil). Hay una autoconciencia de que se está escribiendo poesía y hay como una autorreferencia de claves para que el lector no se olvide de que está leyendo poesía.

—¿Cómo no caer en la locura, en el delirio, con tanta lucidez y "objetivismo" autoexigido?

—Aquí tengo una parte de mi último libro en el que estoy trabajando. Se llama *Teclado*. Y hay algo que expresa eso, su título es *Querella* y dice "distracción y atención continuas". Yo creo que en la vida nuestra estamos constantemente alternando eso. Es decir, somos seres distraídos, las cosas nos pasan, las sensaciones nos roban la conciencia; las pasiones, los afectos. Nos alienan de alguna forma, no somos los mismos. Hay un proceso de ser distraídos permanentemente o robando la atención por cosas. Toda esta sociedad está hecha para eso, para conquistarnos y seducirnos, para que actuemos de una forma inconsciente. Entonces también hay la necesidad, por tanto, más intensa y más necesaria de recuperar la conciencia.

—En un momento, después de retornar a Chile en el 84, sobrevino la crisis y quedó mudo.

—Sí. Yo sentí que no podía seguir escribiendo hasta que no encontrara una respuesta adecuada. Me fui de Chile, recibí una invitación del Pen Club de Holanda. Y llegó allá bastante cansado con la experiencia, con una crisis con el lenguaje, con la realidad chilena y queriendo olvidarme un poco de todo eso. Allí empieza un periodo de diez años, del 87 al 97, en que me instalo en Holanda y participo en la confección de un primer diccionario holandés-español. Yo siempre he sido un poeta visual y mientras tenía esta mudez, esta resistencia de escribir poesía, me dedico casi durante siete años a confeccionar artefactos, hacer esculturas, obje-



Gonzalo Millán regresa del silencio: "Necesitaba un periodo de retiro. Tenía necesidad de recogimiento y digestión".



tos, a pintar, a diseñar libros de artistas. Y también, retomando el imperativo de la lucidez me dedico a la meditación porque pensaba que necesitaba reordenar mi cabeza.

—¿Contaminado?

—Sí, bastante contaminado. Necesitaba un periodo de retiro, es decir, durante todos los años anteriores era una experiencia incesan-

te tras otra. Tenía necesidad de recogimiento y de digestión.

—¿En *Trece Lunas* se podría decir que Gonzalo Millán encontró la forma adecuada para su autobiografía?

—Sí, puede ser. El título es porque siempre he tenido obsesión por el tiempo, porque nací un 1º de enero, un cambio de fecha, y desde ahí tengo una sensación muy fuerte con el tiempo. Como que nuestro sistema funciona linealmente, pero si volvemos a nuestros antepasados prehispánicos vemos que ellos siempre funcionan en forma cíclica, como en un tiempo más mítico.

—¿Por eso adhiere a las trece lunas y no a las doce?

—*Trece lunas* es como un ciclo. Esto corresponde a la elaboración poética de la primera mitad de mi vida. También es la recuperación de ese otro tiempo del calendario no gregoriano, que es un tiempo que tiene relación con la naturaleza muy contraria al calendario que usamos.

—¿Hay fecha para ese libro?

—Lo que pasa es que el ritmo

Antídoto a la "cháchara"

—¿La reiteración como recurso estético en su caso es también la marca para que la memoria se fije, asuma y sane?

—Claro, es como subrayar o insistir en que esta cosa (como los años 70 y 80) no se olvide. Ahí entran otros factores en su forma, experimentales, como la música *minimal* y en el campo de las artes plásticas son las acumulaciones. (En los libros anteriores) hay mucha afinidad por la estética *minimalista*, también en el sentido del objeto encontrado. Es decir, no tanto ha sido la invención de una nueva imagen que fuera una metáfora sorprendente, sino el utilizar lo que ya existe, como en el *collage*. Sacar lo que llamo "poemas encontrados" o "desencontrados".

—¿Existen más artefactos en camino?

—Quiero hacer una exposición porque he trabajado en esto por más de treinta años. Quiero mostrar ese aspecto que para mí es muy importante. La idea es trabajar en un sentido colectivo con muchos poetas contemporáneos míos que tienen esa vertiente. Eso me interesa mucho porque la gráfica, lo visual, es un antídoto a esta *cháchara* viral, en el sentido de que compensa por ser un trabajo más mudo y silencioso.

de vida que fija este país es tan intenso, ganarse la vida y sobrevivir aquí es tan exigente, que el problema que veo de vivir aquí es cómo uno tiene tiempo para el ocio y para dedicarse a la poesía. Chile cambió, realmente me sorprende, y yo también.

—¿Cansado de la ficción?

—Muy cansado. Y ahí también hay una postura estética. Me parece que la ficción, sobre todo en narrativa, cumple en gran parte, en los países desarrollados por lo menos, una función evasiva. Es cosa de ver a los que viajan como tres horas en tren desde sus casas a Manhattan, en Nueva York: agarran una novela y se la ponen en la cabeza para no ver a nadie, para no hablar con nadie, para no enterarse de lo que pasa. Si uno piensa que la literatura está cumpliendo esa función, no. Frente a eso me interesa más que la gente hable de cine.

—¿Debe haber visto *Fargo* entonces?

—Todavía no. Espero verla..., me han dicho que es muy buena.